

EL FÉNIX CARTAGINÉS.

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO,

ARTÍSTICO, DE ADMINISTRACION É INTERESES GENERALES.

DIRECTOR: D. FRANCISCO ARRONIZ Y THOMAS.

Año I.

Cartagena 2 de Noviembre de 1879.

Núm. 44.

SUMARIO.

LOS POETAS DE LA GRECIA, por *Eduardo Menechet*.—Poema: EL VETERANO, por *D. Tomás de Briónes*.—Novela: EL ABANICO DE ORO, por *Doña Teresa Arróniz y Bosch*.—MOSAICO, por *Asdrúbal*.

LOS POETAS DE LA GRECIA.

Todas las religiones del mundo tienen un cielo y un infierno; tan innata es en el hombre la idea de las recompensas y de los castigos, según sus merecimientos, después de su corto tránsito sobre la tierra.

Esta es una revelación divina, nó una convención humana.

Pero la religión cristiana, en su sabiduría y su verdad, no se ha extraviado en descripciones fabulosas del cielo y del infierno como lo ha hecho el paganismo, gracia á la imaginación de sus poetas. Esta imaginación, tan fecunda cuando ha tratado de describir los suplicios del sombrío imperio de Plutón, lo ha sido mucho ménos cuando ha tratado de pintar las felicidades eternas de los campos Eliseos.

Ni Homero, ni Virgilio, ni ningún otro poeta de la antigüedad han sabido encontrar tan seductor colorido para inspirar el amor á la virtud, como terribles han sido sus invenciones para excitar el horror al crimen. Esto consiste en que al hombre le es más fácil, en este mundo, comprender la pena que el placer y sentir más vivamente el dolor que la alegría.

Es por lo ménos, muy cierto que ya coloquemos los campos Eliseos en el centro de la tierra, según Homero, Virgilio y Plutarco, ó según Platon en nuestros antípodas, ó en fin según otros al lado del Guadalete, nada nos ofrecen que sea capaz de hacer envidiar á los vivos el infierno de los muertos.

Así es, que cuando los poetas nos conducen al más agradable de los dominios de Plutón, no nos admira escuchar á sus habitantes las exclamaciones que hacen al echar de ménos el ruido y los pesares del mundo. En aquellas subterráneas moradas no se percibe nadie de la existencia del río del olvido. La frescura de los prados, el perfume de las rosas, el murmullo de los arroyos y los cantos de los ruiseñores, no impiden que los acontecimientos de la tierra lleguen hasta las sombras errantes de los sabios y los héroes, despertando en ellos las pasiones y recuerdos que para siempre parecían extinguidos.

Pero dejando á un lado ya este preámbulo y á pesar de que nosotros no tenemos los mismos derechos que Homero, Virgilio y Fenelon para conducirnos al infierno siguiendo los pasos de Ulises, Éneas y Telémaco, vamos á hacerlos asistir á una lucha académica, á un combate literario que, á ejemplo de los juegos Pyticos que se celebraban en Delfos en honor de Apolo, parece haber tenido lugar en los campos Eliseos, en aquellos tiempos en que la Grecia no era sino una débil sombra de lo que había sido, principiando esa larga esclavitud que no había de terminar hasta nuestros días.

Notábase en la morada de los muertos una agitación desconocida; las sombras de los poetas de la Grecia hallábanse dominadas por violentas pasiones, de esas que parece no deben seguir al hombre más allá de la tumba, como por ejemplo, el amor propio, la vanidad, el orgullo, el rencor y la envidia; lo que de ellas les había quedado bastaba para alimentar entre aquellas ilustres sombras ciertas rivalidades y querellas que frecuentemente turbaban la paz de los campos Eliseos. Discutían allí extensamente, como sucede entre la gente que ninguna otra cosa tiene que hacer para distraerse de un eterno enfado, ya sobre la preeminencia, ya sobre el origen de los diferentes géneros de poesía; y la discusión, reflexiva y lenta en un principio, como era conveniente, degeneraba muy pronto en verdadera disputa, cuando de las cuestiones de principios se descendía á las personalidades.